



F. JAVIER VITORIA, teólogo. Conferencia en el Foro Gogoa el 14 de diciembre de 2021, La pandemia como lugar teológico.

PRESENTACIÓN:

Javier, mira, si me permites y me permitís, me gustaría empezar con un breve fragmento del Evangelio de Lucas que dice lo siguiente: "Jesús estaba en el templo y vio como algunos ricos ponían dinero en las cajas de las ofrendas. También vio a una viuda que echó dos moneditas de muy poco valor. Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: Les aseguro que esta viuda pobre dio más que todos los ricos, porque todos ellos dieron de lo que les sobraba, pero ella es tan pobre, dio todo lo que tenía para vivir." Lucas se propuso manifestar ante todo lo incomprensible de la humanidad de Dios, que Jesús, vino a revelarnos. Y con esta convicción nos dio un Evangelio que es el más humano de los cuatro evangelios. Se notará, por ejemplo, el cuidado que puso para recordar la actitud de Jesús con respecto a las mujeres. No compartió el prejuicio universal que las discriminaba. Lucas recibió, no cabe duda, mucho de su maestro Pablo, puso de relieve las palabras de Jesús que recuerdan que la salvación es siempre, y ante todo, no la recompensa por nuestros méritos, sino un don personal de Dios. El pasaje que os he citado hace un momento fue parafraseado por Gustavo Gutiérrez hace ya unos cuantos años, aquí mismo en el Foro GOGOA y lo citó, Javier, precisamente para situar el concepto de lugar teológico del cual hoy nos vas a hablar tú, en el que nos colocamos los cristianos para vivir la fe. En el libro que has publicado recientemente, Javier, "Soñar despierto es la fraternidad", nos hace pensar en vivir la espiritualidad como un don de la fe, como un acto gratuito de Dios y la fraternidad como un lugar vivible para la humanidad.

La pandemia nos ha ofrecido esta oportunidad de situarnos desde la apertura al otro y el compromiso con los que sufren. Y así ofrecer una posibilidad liberadora. La comunidad humana, como bien recoges en el libro vive en la comunidad generada por la fraternidad. Esto no es una comunidad idílica, ni utópica ni angelical, sino una comunidad humana imperfecta pero acogedora y sanadora, Javier. Has trabajado mucho desde estas claves y sigues haciéndolo. Según tengo entendido y, por supuesto, queremos que lo compartas con nosotros y con nosotras. Queremos que te sientas acogido en el Foro; nos gusta, ya lo sabes, que puedas estar a gusto, cómodo, libre y compartir tus reflexiones con nosotros. Bienvenidos. Eskerrik asko.

JAVIER VITORIA:

Esto es todo. Arratsaldeon, buenas tardes a todas y a todos. Bueno, primero agradeceremos vuestra invitación al Foro y evidentemente siempre me siento acogido en el Foro. Es la segunda vez que vengo y además siempre me siento acogido por algo que suelo repetir mucho cuando vengo a Pamplona. Y es que me siento muy acogido en Pamplona porque mi abuelo era de Pamplona y por lo tanto tengo el 25 por ciento de mis raíces son de aquí, son de Pamplona y de la calle Estafeta. Y en mi casa había una costumbre y era que para iniciarte en la adolescencia, pues había que venir a Sanfermines. Esto mi padre no lo perdonaba, ya que estoy encantado y de estar aquí con vosotros y voy a tratar de explicar lo que yo quiero decir, que a veces no suele ser del todo fácil, aunque tengo que reconocer que todavía es más difícil cuando lo escribo.

En primer lugar, la pandemia con lugar teológico. Voy a explicar algo porque es un término muy discutido entre los teólogos que nos podemos pasar la vida discutiendo a veces de cosas muy formales. Qué es lo que quiero decir cuando digo que la pandemia es un lugar teológico? Pues lo que quiero decir, en primer lugar, es que en la pandemia ha estado presente Dios y por lo tanto, lo que trato de refrendar algo que escribí hace bastantes años en un libro que titulé "No hay territorio comanche para Dios". Cualquier circunstancia, en cualquier situación y en cualquier acontecimiento, Dios está presente.

En segundo lugar, Dios se hace presente no solamente para hacernos compañía o para caminar junto a nosotras y nosotros también. Dios está presente para hacerse presente en la vida de este, en este caso en el nacimiento de la pandemia, para hacer posible que se cumpla su promesa, la promesa del Reino de Dios, de la cual hablaba Jesús y de la cual se acaban de referir a ella y por lo tanto, si está presente para que se cumpla su promesa, quiere decir que la pandemia, algo bueno de la pandemia, algo bueno quiere sacar Dios a pesar de la pandemia, a pesar de estas circunstancias tan tremendas en las que estamos viviendo. Y reflexionar sobre esto es la función del teólogo.

El teólogo reflexiona sobre lo que está ocurriendo y no solamente sobre el corona virus, sino el comportamiento de los seres humanos en el corona virus y el comportamiento de los cristianos y las cristianas al corona virus, ya que hemos citado a Gustavo. Gustavo dice que la teología no es más que un hablar enriquecido por un callar y lo que hacemos los teólogos es reflexionar sobre el callar, que es la praxis, la oración, el modo de vivir de los cristianos y también de los ciudadanos y ciudadanas que tratan de afrontar en este caso la situación de pandemia.

Mi intervención de esta noche, además, pretende ser una meditación sobre la pandemia para la cual he utilizado como maqueta la liturgia de Adviento. Como tenía que venir aquí y hablar de esto a lo largo de estas tres semanas de Adviento, los textos que llegaban litúrgicamente, me han servido también como ayuda para elaborar la reflexión que voy a compartir con vosotros y vosotras. Y voy a citar a los textos como están, por un lado, todos los textos, esos líricos de los profetas, donde los profetas hablan de la promesa de Dios en unos términos que a veces parece una película de Walt Disney de lo que hablan. Pero en realidad es el sueño que Dios tiene para esta humanidad, dicho de manera poética. Por otro lado, están esos textos de tipo apocalíptico en el cual se habla de todas las amenazas, de los desastres que hay, cómo va a llegar el Hijo del Hombre. Y desde esas claves he elaborado esta reflexión. El texto que voy a leer es del tercer prefacio de Adviento y, después de decir que esperamos que el Señor vuelva definitivamente a llevar a la plenitud el Reino, la segunda venida de Cristo que aprendimos en el Catecismo cuando éramos niños, dice lo siguiente: "el mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria en su segunda venida, viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza de su reino". Es un texto, claro, lo lee el cura, como solemos leer a veces los curas con bastante rutina y la gente no se si piensa medio segundo en lo que estamos diciendo, lo que estamos orando, que es una de mis preocupaciones más grandes después de 53 años de cura, porque no me acostumbro a que digamos cosas, ¿pero estamos diciendo esto en serio? Le estamos diciendo en serio que esto que hemos leído es palabra de Dios? Pues estamos diciendo en serio que en cada hombre y en cada acontecimiento llega, el Señor, llega, y Dios es alguien que viene, que adviene a la historia.

Y que lo vamos a recibir para que encontrarse con nosotros y con nosotras y por lo tanto no hay manera de preparar la Navidad si no preparamos un encuentro nuevo con el Señor, no simplemente un recuerdo de lo que pasó hace 2000 años, sino qué es lo que ocurre en el 2021 y en Pamplona y en plena pandemia, ¿nos encontramos o no, nos visita o nos visita?. Esta es la pregunta. Le recibamos con fe y por el amor demos testimonio de la esperanza de su reino.

Eso que he dicho antes, Dios no viene simplemente a acompañarnos, está con nosotros. Viene a hacer a que se cumpla su promesa. Bien, esto es lo que vamos a hacer y por lo tanto a mi me parece que con los con los materiales que voy a manejar intento tejer eso que he llamado una espiritualidad o una mística en el sentido cotidiano de esa palabra y no en el sentido excepcional de los grandes místicos, sino la mística tiene que ver con aquello que decía Rahner que algo nos ha pasado en el encuentro con Dios que nos ha cambiado y eso nos hace vivir con una energía espiritual.

Ese espiritual que le doy tres características. Yo creo que la pandemia está como está, invitándonos a los cristianos a contemplar y discernir los signos de la presencia del Espíritu de Dios en la pandemia. ¿Cuáles son esos signos de su presencia? En segundo lugar, nos está invitando a escuchar y a obedecer la voluntad interruptora de la normalidad anterior a la pandemia. La voluntad de Dios, que es interruptor de la normalidad anterior a la pandemia. Y por último, se nos está invitando a que nos dejemos impulsar por el Espíritu de Dios, dador de vida, que nos empodera para cuidar de la vida en las situaciones de desahucio de nuestra sociedad. No solamente las situaciones de desahucio de la pandemia, sino también en las demás situaciones de desahucio que hay. De esto voy a hablar, de esto voy a hablar.

Lo primero que voy a decir, pues que la pandemia lo que ha hecho es colocarnos en una situación de incertidumbre con respecto al futuro. Alguien me preguntaba a la entrada ¿Tú eres optimista con la salida de la pandemia? Pues no, no soy optimista. No voy a hablar de la esperanza, pero la esperanza no tiene nada que ver con el optimismo histórico. No sabemos cómo vamos a salir de aquí. Además, hay que decir que con la pandemia estamos de bruces con algo que ya se venía diciendo hacía tiempo, sobre todo desde la crisis financiera de 2008.

Hay un ensayo de Antonio Muñoz Molina, que se titula "Todo lo que era sólido", todo lo que era sólido se nos ha ido al garete, al garete se nos ha ido y por lo tanto, cuando llegó en el 2020 la pandemia ya estamos instalados en esa situación de incertidumbre, aunque no fuéramos conscientes de ello, pero estamos instalados. Y el último libro de Beck, el sociólogo, es sobre la incertidumbre y por lo tanto nunca ha sido el futuro más difícil de predecir que ahora. Y sin embargo, tenemos que decir que cuando llega la pandemia, nos encontramos en medio de una situación de incertidumbre dada a las estructuras especialmente inestables de nuestras sociedades y de nuestro mundo.

El año 2018, voy a leer un texto porque me parece interesante. Daniel Innerarity nos recordaba que cualquier factor puede entrometerse en cualquier momento de nuestras vidas y alterarla. Y él citaba las pandemias. Ya tenemos una. La inestabilidad financiera ya habíamos tenido una. Un ataque terrorista. Bueno, todos los sistemas de seguridad que hay en el mundo, en los aeropuertos es porque por lo visto pueden haber un ataque terrorista en cualquier momento. El cambio climático ya lo tenemos, ahí estamos mientras estamos hablando de la pandemia. Seguramente en Tudela habría que hablar de las inundaciones. Y la Ribera de Navarra, que ha sido más devastadora, no en cuanto a vidas humanas, pero sí en cuanto a destrozo económico, etc., que la pandemia. Pues ya digo, el año 18 ya se hablaba de esto y por lo tanto, en esa situación y en esa perplejidad que nos plantea la pandemia, la pregunta que nos hacemos es cómo va a ser la normalidad? O cómo vamos a salir de esta pandemia? Cómo vamos a vivir esa pandemia? Cómo? Cómo será el futuro? Cómo será el futuro? Será mejor? Será peor? Yo no sé si va a ser mejor o peor, simplemente sé que dependerá fundamentalmente de nosotros que el futuro sea mejor o peor.

Por lo tanto, ¿dónde estamos en este momento? Yo creo que estamos en una especie de ojo del huracán. Por qué? Pues porque vivimos en una situación en la que los estados nacionales ya no pueden resolver los problemas, carecen de recursos suficientes, de conocimiento, de dinero y de poder para proteger a los ciudadanos. Y todavía tampoco la gobernanza global, que sería el procedimiento para resolver estas cuestiones, funciona en el mundo no hay gobernanza mundial. Evidentemente, luego lo diré de otra manera. No hay ningún gobierno en el mundo que sea capaz de universalizar la utilización de las vacunas. No hay ninguno, no hay ninguno. No hay poder en el mundo que haga esto. Y por lo tanto, la pregunta que nos hacemos y voy entrando en materia es. ¿Qué podemos esperar del futuro? y, segundo, ¿qué tiene que ver esta incertidumbre con la esperanza cristiana? Ya me recuerdo un poco lo que he dicho al comienzo del Adviento. Qué tiene que ver este tiempo, ¿se puede vivir con esperanza en este tiempo de incertidumbre? Puede aportar algo la esperanza cristiana en este momento a la situación en la que estamos? Es decir, esta irresolución del futuro plantea preguntas a la tradición cristiana. Preguntas, para mí muy importantes, a las que voy a tratar de responder o voy a tratar de reflexionar sobre ella, más allá de las ya clásicas que plantea siempre una pandemia, que son las clásicas de la teodicea.

Porque en el mal, ¿dónde está Dios? de lo cual yo no voy a hablar hoy porque me parecía más importante hablar de lo otro. ¿Tiene la tradición cristiana alguna respuesta razonable a las preguntas sobre el futuro planteadas por la crisis pandémica? ¿Tiene alguna? ¿Tiene alguna respuesta razonable a esas preguntas? ¿Tiene algo valioso que aportar en la tarea de anticipar en el presente una normalidad futura que esté tan democráticamente al servicio de la dignidad humana, de los más vulnerables, tiene algo que decir? ¿Tenemos algo que aportar la tradición cristiana, los cristianos, las cristianas, la Iglesia?. ¿Tiene algún sentido aportar la esperanza cristiana que se debe a los muertos y ofertarla como orientación para la reconstrucción de un futuro en el que haya vida para los seres humanos descartados y para quienes anhelan salud y justicia, tiene algún sentido aportar esto?

¿La esperanza cristiana es una especie de vino quinado, San Blas, para tomarlo, para recuperar fuerzas, simplemente?. Bueno, algunas pequeñas reflexiones sobre la esperanza antes de entrar más en el terreno de lo concreto. La esperanza cristiana renace en la memoria de la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. La esperanza cristiana tiene, por una parte, pretende tener por mi parte la capacidad de responder a las preguntas

de futuro también en tiempos de pandemia, de que en esta historia, como voy a decir en seguida, hay salvación, hay posibilidades inéditas de salvación, de salud, de vida, de justicia, de paz y por lo tanto tenemos que dar razón de la esperanza que dice Pedro en su primera carta. Pero, y esto es algo ineludible para nosotros y nosotras y para la Iglesia, pero de ninguna manera deberíamos sustanciar esta responsabilidad dando testimonio de una esperanza barata, que no encuentra justificación práctica en nuestras vidas y en el comportamiento de los cristianos y, por lo tanto, como he dicho antes, la esperanza cristiana ni es el reverso del optimismo histórico. Esto lo suelo decir muchísimas veces, porque siempre topamos con esto los cristianos. Y ahora que estamos en minoría y con mucha juventud acumulada, más, más esto. O sea, es usted optimista. Yo a la mañana soy optimista en cuanto me tomo el café. Soy optimista, cuando me levanto no soy nada optimista. Y bueno, a veces si tomas un gintonic más optimista, pero eso no tiene nada que ver con la esperanza.

La esperanza es una virtud que nace de la acción del Espíritu en nuestros corazones y que nos hace esperar contra todo optimismo, contra todo optimismo y la memoria de Jesús, el Crucificado, nos recuerda esto, Jesús no fue nada optimista sobre su vida en la cruz, pero tuvo esperanza en que su muerte tendría sentido para la causa del reino, que es una diferencia bastante notable. Bueno, entonces no es esto, tampoco es un reconstituyente, sino que para la esperanza equipada con la seña de identidad de Jesús resucitado, el sentido del tiempo tiene que realizarse aquí y ahora, aunque su plenitud y alcance va más allá de la historia.

Así, para los cristianos la esperanza quiere decir, voy a decirlo en otro lenguaje, que la salvación es mundana. La salvación nace en el cielo. La salvación del reinado de Dios nace celeste, pero brota mundana. Lo definitivo ya acontece en la historia y por lo tanto, no se puede utilizar la esperanza simplemente como recurso para creer que habrá vida después de la muerte. No, la experiencia cristiana, lo que nos dice o nos dice es que es posible que haya vida antes de la muerte. Que es posible que haya vida ante la muerte y que haya vida antes de la muerte para todos, universalmente, para todos los hombres y mujeres que viven en este momento en el mundo. Que haya vida. Esto es lo que nos dice la esperanza: es posible, es posible.

Jesús demuestra que esa posibilidad está inserta en la historia, esa posibilidad de un mundo nuevo o de que otro mundo es posible con su lenguaje judío del Reino de Dios, de la llegada del Reino de Dios, lo muestra a través de sus obras y de su persona, que son los signos anticipadores de esta posibilidad inédita que hay en la historia. Esta posibilidad inédita y nueva que depende de Dios y que hay en la historia, son signos, señales. A mí, según pasa el tiempo, esto de que Jesús hizo señales me parece, me ayuda, me ayuda a entender lo que tenemos que hacer nosotros en este momento histórico, no?

Jesús, para mostrar, como dice el Evangelio de San Lucas, que lo que anunciaba el profeta cuando Jesús está en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús lee aquel texto de Isaías. Los ciegos ven, los cojos andan. El Evangelio es predicado a los pobres. Se dice que cerró el libro y dijo esto esto está ocurriendo hoy aquí. Esto está ocurriendo, pero está ocurriendo en totalidad. No está ocurriendo parcialmente en pequeñas señales. El pequeño niño Jesús no curó a todos los ciegos que había en Israel y a todos los cojos, ni a todos los leprosos, sino curó a algunos. No! La resurrección de Jesús confirmó definitivamente ¿qué? ¿Qué es lo que confirmó? Pues que la fe de Jesús era verdadera. Que lo que había predicado Jesús era verdad. Y por lo tanto, la resurrección de Jesús no es simplemente el triunfo personal de Jesús frente a la muerte y frente a sus verdugos, sino que la resurrección de Jesús es el triunfo también de su causa, de la causa del Reino de Dios, de ese Reino de Dios para para los pobres que él había anunciado y había practicado a lo largo de su vida pública.

¿Cuál era su pretensión? Lo he dicho antes y ahora lo repito, pues que en la historia había surgido la posibilidad de un progreso permanente hacia la paz mesiánica o hacia la justicia absoluta, que en la historia había una posibilidad inédita de progreso en esa dirección y ¿por quién estaba garantizada esa posibilidad?, por la presencia del Espíritu de Jesús resucitado y del Padre del Reino. Esto es lo que nosotros creemos que hay posibilidades divinas, inéditas, de realización humana en la dirección de aquello que solemos decir en el prefacio de la fiesta de Cristo Rey, un reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Pero nosotros no solamente decimos en el prefacio, sino creemos que existen posibilidades inéditas de ese reino en esta historia. Y si no, no esperamos, no tenemos esperanza que, claro, tenemos una esperanza parcial en que cuando nos muramos vamos a ir al cielo.

Pues bien, está bien que la esperanza cristiana tiene que ver con la posibilidad histórica, como está garantizada por Dios, de que antes de la muerte puede haber vida verdadera. En lugar de la resignación trágica griega ante el mal y la desgracia, la tradición cristiana, heredera de la tradición judía configurada por este materialismo mesiánico, esto que tantas veces suelo decir, el cristianismo es materialista. No lo deja todo para más allá de la historia, más allá de la historia llegará a su plenitud, pero todo eso se anticipa a la historia. Y si no se anticipa a la historia, hay ruptura entre la historia y el más allá de la historia. Hay una ruptura y por tanto al final se nos da un regalo que no tiene nada que ver con lo que ocurre en la historia.

Pero no es esto, no es así. Lo que pasa es que a veces hemos tenido tanto miedo a esto del materialismo que hemos sido siderales, espiritualistas, pero en el peor sentido de la palabra. Digo, es la tesis cristiana confirmada por este materialismo mesiánico. Se rebela, se lamenta, clama, pide explicaciones a Dios y espera de él una respuesta salvadora. Esto es lo que les pasaba a los judíos en el exilio y esto es lo que les pasaba a los cristianos en la persecución. Pedían una explicación a Dios, a Dios y a los profetas, por una parte, y por la Escritura. Los evangelistas y los libros del Nuevo Testamento, por otros, van a responder a este clamor y van a pedir al orar. El Señor viene, Señor, viene Maranatha, va a venir, Señor, y va a venir pronto. Bueno, luego veremos cómo integramos esto.

Esta dinámica mesiánica es imparabile. La justicia mesiánica divina se anhela y se espera porque está siempre por venir, está siempre por llegar. Su venida es interrupción del presente de la desgracia, cuando el Señor llega, viene para interrumpir el presente de la desgracia. Los ciegos ven, los ciegos ven. Los cojos andan. A los pobres se les anuncia la buena noticia de la salvación y al mismo tiempo que es interrupción del presente de la gracia, es anticipación en el hoy de un futuro humano para quienes no tienen esperanza. Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido y dice ya Jesús es, en Lucas 4, versículos 16 al 21, los excluidos, los fracasados, los desiguales, los discriminados, los crucificados de este tiempo perplejo, van a ser salvados, van a salir de esa situación.

La esperanza cristiana, por lo tanto, genera y nutre la energía espiritual que suelo denominar mística, de quienes caminamos confusos y sin rumbo hacia el futuro, de nosotros, cristianos que participamos exactamente igual que los demás ciudadanos de la confusión y de la perplejidad. Pero esa energía nos permite caminar, levantar la vista, ponernos en pie, salir de nuestros sueños nocturnos y marchar hacia el futuro a tientas, a tientas, pero caminando hacia el futuro. Se trata de una mística pobre. ¿Qué quiere decir pobre? Pues es una experiencia en el futuro con un Mesías crucificado o sin Mesías que garantice su llegada a buen puerto, es decir, lo que garantiza el Mesías es que tiene sentido ese camino y esa andadura tiene sentido. No que vamos a triunfar. No que vamos a ganar históricamente, no nada. La esperanza no garantiza eso, garantiza su plenitud de todos nuestros esfuerzos en su plenitud, solamente más allá de la historia. Pero en esta historia podemos fracasar, porque el Mesías, creemos en una esperanza de un futuro, con un Mesías crucificado. Nosotros tenemos la fuerza del Resucitado, de su Espíritu, en las condiciones históricas de Jesús de Nazaret, del Crucificado y por lo tanto, con la debilidad que tenía Jesús de Nazaret. Pero esta esperanza es matriz, soporte y aguijón de una modesta convicción trascendente en la posibilidad de enfrentar el futuro y comportarse con Él divinamente, o como Dios manda. Y cómo manda Dios que tratemos el futuro? Pues Dios nos invita a trabajar con el fin de que en cada momento histórico se haga realidad lo viable de lo inédito de esa posibilidad. Todo no lo podemos hacer al mismo tiempo.

¿Cuál es nuestra responsabilidad de eso que es viable? De eso que es y de esa posibilidad nueva que hay en la historia. ¿Qué es viable de lo inédito? ¿Qué es viable en el mes de diciembre del 2021? ¿Qué es viable? Esa es nuestra responsabilidad. ¿Y eso significa qué?, Preparar el camino a la promesa del Señor. En Adviento estamos cantando siempre preparar el camino a la promesa del Señor. ¿Qué es preparar el camino? Preparar el camino es hacer todo lo posible para que el reino crezca, para que la justicia crezca en este mundo, para que la vida crezca en este mundo, para que los valores que encierra la promesa de Dios crezcan aunque sea medio milímetro en este mundo, como tantas y tantas veces lo he repetido.

Por lo tanto, pretendo proponer una mística en favor de aquellos a quienes hoy se les niega un presente y un futuro dignos de la condición humana. La humanidad sobrante, se trata de una mística de ojos, de ojos abiertos, como tantas veces ha repetido Metz.

Bien, diré alguna cosita más sobre la dimensión apocalíptica y voy a pasar a la última parte porque si no, me como el tiempo. ¿Qué es lo que aporta la apocalíptica visión del aspecto de la esperanza cristiana que me he

refirido antes, los textos apocalípticos que encontramos en los sinópticos? Y que puede tener sus fórmulas o bien en el Maranatha, ven Señor Jesús, o ven en aquello de que el tiempo está cerca y mira que vengo. Mira que vengo pronto, si vengo pronto y haré todo nuevo. ¿Qué es lo que aporta? Pues el cristianismo primitivo, en aquellas situaciones de sufrimiento, pensó que la historia estaba en manos de Dios y que Dios podía interrumpir los sufrimientos humanos y llevar a la plenitud la historia humana. Y por lo tanto, cuando decían Maranatha y cantaban Maranatha, no lo hacían por estética, simplemente porque les gustaba el canto, porque les gustaba la fórmula, sino porque realmente estaban en situaciones de angustia y de sufrimiento. Y esa visión de que la historia está en manos de Dios y que Dios va a irrumpir en la historia, la va a llevar a su plenitud, esa visión les daba fortaleza y les sostenía pues en la esperanza de que, efectivamente, aquel que había vencido al mundo no les había abandonado, sino que realmente iba a intervenir en la historia, no?

Entonces, para ellos, el Mesías Dios, Jesús de Nazaret, está a punto de volver para poner punto final al tiempo de la iniquidad y hacer justicia a las víctimas inocentes de la injusticia. Están convencidos que eso es así. Mira, vengo pronto. Si, vengo pronto. Se trata de la expectativa de la vuelta de aquel galileo que se atrevió a llamar ya bienaventurados a los pobres, a los hambrientos y a los que lloran. No pudo esperar a que el tiempo lo solucionara todo en el futuro. Jesús no esperó a que el tiempo lo solucionara. Aquí y ahora, interrumpiendo la normalidad de su tiempo, defendió la dignidad de los desgraciados considerandolos bienaventurados.

Su insistencia en el presente de la bienaventuranza no era reflejo del talante de un feliciano o de un visionario que no pisa tierra y vive ya en el cielo. Jesús no fue ningún feliciano que no se entera de lo que pasa. No, no, ya sabía lo que pasaba. No era ningún ingenuo. Y por lo tanto, él no invitaba a la resignación, al contrario, sus palabras eran un gesto de resistencia a aceptar como normal la teología oficial de la desgracia. ¿Cuál es la teología oficial de la desgracia? Si eras pobre, algún pecado tendrás. Eso era la normalidad. Si eras leproso. Si eras ciego o has pecado tú o tus abuelos y Jesús, qué hace pues? No acepta ese discurso, esa normalidad teológica y por tanto, su gesto, el gesto de llamarles bienaventurados y de curarlos, es un gesto de resistencia contra esa teología oficial.

Su discurso movilizaba sus propias fuerzas y la de los que le escuchaban y le seguían en contra de las condiciones culturales, económicas y religiosas y que negaban la dignidad de los que sufrían. Es decir, el pobre no tenía dignidad. Y ahí Jesús aparece irrumpiendo, interrumpiendo aquello, por lo tanto, esas tradiciones nos pueden también ayudar a nosotros y a nosotras a plantearnos qué es lo que podemos hacer en este mundo y en esta sociedad en la que vivimos. Y con esto voy a la última parte de mi reflexión.

Las he dicho al comienzo, bueno, seguro que Dios ya está en la pandemia para interrumpir el sufrimiento y el mal, por un lado, y por otro lado, para que irrumpa lo nuevo y yo, en esta parte final, voy a decir qué es lo que quiere interrumpir Dios en la historia, en el presente, en el tiempo de la pandemia. Y qué es lo nuevo que ha irrumpido en la pandemia, si es que se ha interrumpido algo nuevo que a mi me parece que si.

El cardenal Kasper, en un libro que se publicó nada más empezar la pandemia, ha calificado nuestra situación de pandemia como un tiempo de interrupción, refiriéndose a lo padecido por todos, es decir, la suspensión de la normalidad, sobre todo aquellos primeros meses del 2020, el tiempo familiar, laboral y festivo. Mirad, yo quiero utilizar este término, pero en el sentido que lo utiliza Metz. Dice que la definición más corta de religión es interrupción. Y que traducido significa que se interrumpe la normalidad, lo que parece normal, y que con esa introducción irrumpe algo nuevo, algo que atraviesa el acontecimiento mismo en el que Dios aparece o en el que Dios irrumpe para interrumpir, para interrumpir la normalidad. Y por lo tanto que ¿hay algo nuevo que irrumpe con la covid 19?. Hay algo nuevo, hay algo nuevo y que significa interrupción de algo viejo. Bueno, esta es la pregunta a la que yo intento responder ahora.

¿Cuál era la vieja normalidad, cómo era la sociedad en lo que llamamos la normalidad cuando en marzo del 2020 el presidente Gobierno decretó que entramos en una situación de emergencia sanitaria? Primero voy a decir cómo se genera la experiencia de cómo es normal. Lo normal, dice Ana Carrasco en su libro no muy gordo, pero muy denso del mal. Dice, lo normal no es más que un modo de actuar que se ha repetido lo suficiente como para dibujar la horma que da forma a nuestra perspectiva de la realidad.

¿Qué es lo que se ha repetido suficientemente para que nos parezca normal? Por ejemplo, voy a decir cosas. Por ejemplo, que no se deje entrar a los refugiados que vienen en las barcas. Lo normal es esto. Lo normal es

que los animales de compañía tengan una legislación más favorable que los refugiados, que se les trate mejor a los animales de compañía que a los refugiados en estas sociedades occidentales avanzadas de derechos humanos cristianas y lo normal, hasta hace poco ha sido que se les ha maltratado a las mujeres. Siempre recuerdo aquello de ¿a Ud. le pega a su marido?, sí, pero poco. Normal, pero lo hice porque era normal, porque se había repetido lo suficiente como para dibujar la horma que da forma a nuestra perspectiva de la realidad.

Nos parece normal que eso ocurra. Bueno, entonces a partir de aquí. Cómo estaba configurada la normalidad? En primer lugar, una sociedad mercantilizada y voy a contar una historia que me pareció, cuando ocurrió, que era el principio de la pandemia. Al comienzo de la pandemia, el presidente Emmanuel Macron se sorprendía de que una potencia económica como Francia no fuese capaz de abastecerse de un bien de primera necesidad, como las mascarillas en tiempos de pandemia. No había mascarillas en Francia y tenía que depender de su importación de los países asiáticos. Y entonces dijo lo siguiente Macron: lo que revela esta pandemia es que hay bienes y servicios que deben estar más allá de las leyes del mercado. Bueno, Macron, que es el presidente de Francia, necesitó que hubiera pandemia para enterarse de esto y de que no hubiera mascarillas, de que todos está mercantilizado y que por lo tanto no hay ni bien ni servicio que esté más allá del mercado. No, no se había enterado. Supongo yo que algunos otros presidentes de gobierno, ni siquiera con la pandemia, se han enterado.

Bueno, dónde estamos? Estamos en finales del 21. Y el año pasado, en las Navidades, el Papa pidió a los encargados de los Estados, las empresas, los organismos internacionales que busquen solución para que las vacunas pueden llegar a todos. Y qué ha ocurrido? Pues todo lo contrario, las vacunas se han mercantilizado. Y tienen precio y a las voces críticas que han pedido la liberación de las patentes, se les ha dicho que la farmacéutica no es ni Cáritas ni una ONG. Sus empresas cotizan en bolsa bajo un doble imperativo económico, el máximo beneficio, de la protección de la inviolabilidad de la propiedad privada, lo normal es que tengan el máximo beneficio y es normal que no se les puede expropiar, todo normal. El resultado todos los conocemos de toda la población mundial amenazada por el virus. Solamente quienes son solventes podrán sentirse a salvo. Solo los solventes.

La humanidad sobrante mal vivirá gravemente amenazada por un virus que la población del mercado ha sufrido una mutación, esto para mí es muy importante. Hasta la aparición de las vacunas, el virus era un factor de la muerte, del morir, de la muerte de todos nosotros morimos porque somos mortales. Por lo tanto, un factor más de esa muerte del morir, pues, era el virus. Esto nos afecta a nuestra condición finita, caduca, vulnerable. Pero, como hay vacunas, pero no hay para quien no las puede comprar, el virus va a competir también en una muerte del matar, es decir, de la ley cainita del exterminio y del asesinato. Es decir, se mueren no porque les mata el virus, sino porque no les damos las vacunas, no les damos el antídoto. Y qué nos parece? Pues normal. Hombre, ya se que algunos nos hemos quejado porque a nosotros ya nos han dado la tercera vacuna, pero no hay movilizaciones sociales por este asunto, por esto no, habrá por otras cuestiones, pero movilizaciones no, por esto no! Por esto no hay.

Bueno. La razón mercantilista lo coge, lo llena todo, lo marca todo. Nosotros vivimos en sociedades de mercado, no en una economía de mercado, sino sociedades, mercados, en sociedades donde el principio fundamental es la competitividad y no la solidaridad, etc. Bueno, esto es un elemento fundamental que Dios ya viene a interrumpir, por qué? Porque no se puede servir a Dios y al dinero, no se puede servir a Dios.

Segunda cuestión. ¿Qué era el estado normal en marzo del 2020? Era un estado de alarma para el 26 por ciento de los españoles y para millones de seres humanos, lo que nosotros llamamos el estado normal. En su primera comparecencia para declarar el estado de alarma al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, afirmó que se tomaría las medidas necesarias para que nadie se quedara atrás en la salida de la crisis. Estas cosas predicen los presidentes. Que nadie se quede atrás. Pero a ver, esto era en marzo del 20, pero en el mes de febrero o enero del 20, el relator especial de la ONU, Philip Alston, había advertido y denunciado ya, en una inspección que hizo a España, que el 26 por ciento de los españoles se habían quedado rezagados y su vida normal era alarmante como consecuencia de la pobreza que padecían, el 26 por ciento. No digamos a nivel mundial. Tengo aquí algún dato más, pero cuál es el último informe que he leído sobre esta cuestión? ¿Qué dice? A diciembre de 2021, el 10 por ciento de la población más rica del planeta concentra el 52 por ciento de las rentas y el 76 por ciento de la riqueza del planeta, del patrimonio del planeta, el 10 por ciento de la población. Y el 50 más pobre sólo capta el 8 por ciento de los ingresos y el 2 por ciento del patrimonio. Y la

concentración de esta riqueza en España es mayor todavía que en el mundo, hay que decirlo, y el informe de Oxfam decía lo mismo.

Pues en esta situación, lo que nosotros llamamos estado de normal es un estado de emergencia para millones de seres humanos. Estas serían las dos cuestiones fundamentales con las que yo describo lo que lo que es estado de normalidad, al que hablábamos por un lado la mercantilización de la sociedad y por otro lado, una sociedad que margina a un número importantísimo de seres humanos y que tiene una ley cainita de funcionamiento que excluye y convierte a gran parte de la población en población sobrante. Es una fórmula del Papa Francisco, que me parece aterradora, por así decir: no son ni siquiera mano de obra para el futuro. Nos sobra la sociedad.

Y en qué es lo que vemos? ¿Por qué es lo que yo creo que hemos podido percibir a lo largo de estos de estos meses de pandemia como valores de otra normalidad posible?. Por un lado, hemos percibido la bondad humana. Algo de la globalización de la compasión. Es decir. La empatía, la del perdón, la energía de la empatía, la empatía con el dolor ajeno, con el dolor de los demás, ha abierto una fisura a la globalización de la indiferencia. Vivimos en una sociedad donde se ha globalizado la indiferencia. Dice esta mujer a la que cito hace un momento, El mal se hace más profundo cuando no solo no hay simpatía, sino una manifiesta apatía, indiferencia ante el dolor ajeno.

Pues yo creo que la pandemia ha permitido abrir una fisura en esa globalización de la indiferencia, de la vieja normalidad, potenciando nuevas relaciones entre los vecinos, a pesar de la distancia social, la experiencia de los barrios, de los pueblos en la pandemia me ha parecido a mí que ahí aparecían valores, surgían valores que serían realmente importantes o interesantes de aplicar en la reconstrucción de una normalidad nueva, no? En el estado de alarma, el drama del sufrimiento de tantos ciudadanos y vecinos nuestros nos ha afectado. Bueno, yo creo que algo de esto está pasando, esa afectación nos ha sacado de los cobertizos personales, ha permitido que toquemos la carne sufriente de los demás. Entrar en contacto con la existencia concreta de otro es conocer la fuerza de la ternura. Bueno, la intensa, como dice el Papa, la intensa experiencia de pertenecer a un pueblo, a una comunidad, a un vecindario, algo de esto. Ya se yo que son señales débiles, pero algo de esto, algo de esto son señales. Las señales que yo leo como señales de una nueva normalidad y de una nueva normalidad querida por Dios.

La segunda es el tema del cuidado como principio político. De repente, una vida vivible es la gran cuestión de nuestro tiempo y cuidarnos es la nueva revolución. Cuidarnos, esto que estaba además antes asignado a las mujeres. A los trabajos que se consideraban subalternos poco relevantes. Pero luego resulta que son importantísimos durante la pandemia. Yo puedo decir yo estuve ingresado con Corona Virus el día 24 de marzo, al principio de los pioneros. Y en una zona del hospital de Bilbao que se llamaba Zona sucia, donde nadie sabía lo que había que hacer, que quede claro, yo ya sospechaba que no se sabía mucho, pero luego ya me lo confirmó una sobrina mía que tengo, que me dijo "lo que te dimos no valía para nada". Y claro, yo me acuerdo que el sábado que estuve ingresado, aquellas pobres mujeres que limpiaban, que me cambiaban las sábanas todos los días y limpiaban, entraban allí como si fueran a Marte, con unos vestidos que se ahogaban. No, el cuidado, el cuidado de la vida. Nos cuidaban, nos cuidaron y de repente hay que reconocer que el tema del cuidado hay que ponerlo en el centro. Por qué? Porque somos frágiles y vulnerables. No somos dioses y porque para los cuidados, el tema del cuidado que insisto, es una tarea subalterna y no se lo ha reconocido económicamente y muchas veces sin recursos.

Algo está mal y tarde. Y por lo tanto, yo creo que el pecado se ha introducido en el corazón mismo de la democracia para transformarla en el centro y hay esta nueva terminología que se ha acuñado, la cuidadonía.

Tercera cuestión, la obligación graciosa como tarea ética y política, la fórmula, la obligación graciosa es de Adela Cortina. No cito más que a mujeres, pero es así. La irrupción del corona virus y la situación de confinamiento universal han desarrollado y regenerado el potencial de solidaridad y creatividad de nuestro tejido vecinal y ciudadano. Con alegría hemos podido comprobar en nuestros barrios y nuestra escalera de vecinos esto que estoy diciendo, no? La experiencia básica del reconocimiento recíproco, que ya que hemos activado con motivo de la pandemia, hemos descubierto, junto al sentido de los bienes de justicia.

Este sentido de bienes de justicia ha de ser complementado con el sentido de los bienes de gratuidad. De los bienes de gratuidad. Los seres humanos necesitamos alimento, vestido, casa y cultura, libertad de expresión,

conciencia para llevar adelante una vida digna. Y esos son los bienes de justicia, la salud, la casa, el trabajo, etc. Pero también necesitamos consuelos, consuelo en tiempos de tristeza, apoyo en tiempos de desgracia, esperanza cuando el horizonte parece borrarse, sentido ante la experiencia del absurdo. Son los bienes de gratuidad, de la gratuidad, que nunca pueden exigirse como derecho, pero que los comparten quienes los regalan, no por deber, sino por obligación graciosa, ya que ambos, ambos bienes, los bienes de justicia, provienen de gratuidad, se necesitan para ser felices.

Eso tiene que ver con una palabra que yo he descubierto también en la pandemia y la descubrí por el testimonio de alguien que estaba en un asilo. La palabra ahuciar. Yo sabía que sería la de desahuciar, pero no ahuciar. Y está, por supuesto, en la enciclopedia de la lengua castellana. En la lengua castellana es dar sentido, dar sentido, acompañar.

Y, finalmente, la última. La última característica que a mí me parece fundamental que ha surgido de la pandemia, es la necesidad de terminar con el sufrimiento injusto del mundo. En la normalidad, si queremos una normalidad nueva que no sea la clonación de la normalidad vieja, hay que trabajar para que desaparezca el sufrimiento del mundo.

Parafraseando a Walter Benjamin, me atrevo a afirmar que la situación de los pobres es el estado de alarma, es el estado en el que vivimos todos durante meses, durante estos dos años. Es en verdad el estado de normalidad de los pobres, eso que nosotros llamamos el estado de alarma que hemos llamado aquel primer año. Así es como viven los pobres en el mundo y por lo tanto yo me uno a quienes piensan en estos días qué decir, que han dicho que la normalidad era justamente el problema, es decir, lo que nos está ocurriendo nace de la normalidad que hemos vivido y en la que estábamos instalados. Y si volvemos a esa normalidad tendremos los mismos problemas y, por lo tanto, el objetivo inaplazable, es mi opinión, en relación con la normalidad que viene es tratar de acabar con el sufrimiento injusto que hay en este mundo y por lo tanto, a la necesidad de que quienes practicamos esa esperanza, creamos esa esperanza en la práctica.

Practicamos y somos fortalecidos por esa esperanza. Nos movilizamos para acabar con el sufrimiento en el mundo. No solamente lamentemos el sufrimiento del mundo, sino que nos movilizemos. ¿Por qué hay que tratar de hacer, cambiar esta realidad de esta normalidad? Como digo antes, como he dicho antes, aunque sea medio palmo, pero hay que hacerlo. Y finalmente termino, claro, ¿cuál es la última pregunta que me hago y que me hago en esta reflexión? Cómo relacionamos al catolicismo sociológico en el que estamos, el que estemos con la otra, no con esa otra normalidad posible.

¿Cómo es que esta Iglesia, donde estamos los católicos tradicionales y no tradicionales, pero en el catolicismo sociológico, cómo es que esta Iglesia no se convierte en un factor movilizador de ese cambio? Cómo es posible? Yo no lo sé. La verdad es que según pasa el tiempo no lo puedo entender. Los católicos tenemos, por un lado, las mismas dificultades para compartir las tradiciones mesiánicas del cristianismo que quienes no lo son, que los que no son cristianos.

Nos hemos dejado secuestrar nuestra libertad por el consumo y el espectáculo. Lo mismo que los romanos, por el pan y el circo. Hemos renunciado a nuestra responsabilidad a cambio de qué? De la seguridad, y vivimos fascinados. Por nuestro modelo de vida e indiferentes al dolor del mundo, necesitamos convertirnos, que es la otra palabra que vivimos en el Adviento convertirse, cambiar de mentalidad y de comportamiento, para que nuestro modo de vivir, nuestro modo de vivir, el nuestro, el de los cristianos, sea interruptor de la vieja normalidad y al mismo tiempo seductor en la realidad de manera diferente. Eso significa que se mira. Eso significa que hemos sido inspirados por el Señor.

Yo propongo una propuesta que es irruptura, interruptora y ruptura. Interruptores de la vieja normalidad e irrupción de la nueva normalidad. Y qué es lo que propongo? Pues con un término que no es mío, sino de José Ignacio González. Lo que propongo es que caminemos decididamente hacia una civilización de la sociedad, de la sobriedad compartida, que no es exactamente el uso de la palabra. José Ignacio González dice que usemos la palabra sobriedad y no austeridad. Que austeridad es un concepto que apareció en la crisis del 2008 para bajar todas las palabras, para los contratos laborales, etc. No, no, sobriedad compartida. ¿Y qué me parece mi profesor? Una respuesta ética y política.

A la interpelación de Jesús sobre el peligro de la riqueza, por un lado, sobriedad, sobriedad en el consumo. El consumo. Pero el domingo pasado había aquel texto de Juan el Bautista. En mi parroquia le decía a la gente, a mí gente y a mí mismo. Vamos a Juan el Bautista y le preguntamos qué tenemos que hacer nosotros. Ser sobrios en el consumo. Ser sobrios en el consumo, sobrios. Lo que vais a consumir comiendo ahora que llegan estas Navidades tan estupendas. Sobrios en lo que vais a regalar y como es la gente también con mucha juventud acumulada sobre lo que vais a regalar a los nietos. Y sobrios en las rebajas, que es lo posterior a las Navidades sobrios y sobrias para compartir. Evidentemente no para acumular, sino para compartir con los que no tienen.

A mí me parece que es una propuesta que nos sitúa ante esta gran cuestión, que es la elección de ser pobres, pobres de espíritu, que dirá Mateo. En el siglo XXI es una manera de actualizar esa invitación que nos hace Jesús en el Evangelio de San Mateo. A mí me parece que la propuesta es inquietante, pero parece que interrumpe la lógica de nuestra cultura del descarte. Sacude nuestra indiferencia, nos invita a salir de nuestro individualismo hedonista, nos recuerda que comprar siempre es un acto moral y no sólo económico, que dice Benedicto XVI, nos coloca bajo la autoridad de los descartados del bienestar, porque somos guardianes de sus vidas. Los descartados del bienestar somos guardianes de la vida, de los descartados del bienestar. Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Bueno. Acaso soy el guardián de mi hermano?, pero también es indispensable, es inquietante, pero es indispensable. Para qué? Para nuestra condición de seguidores y seguidores de Jesús nos surge esa propuesta, nos urge hacernos cargo, encargarnos y cargar con la seriedad por acción u omisión de nuestras injusticias. En una palabra, nos plantea una elección práctica decisiva para el futuro de la humanidad. No hay alternativa o caminamos en esa dirección e intervenimos en las injustas condiciones de vida de nuestro planeta finito, abriendo camino a la fraternidad.

Nosotros somos los beneficiarios del sistema. Defenderemos con las armas, si hiciera falta, a nuestra civilización de la sobreabundancia al precio de agrandar, a actuar y sostener. Y sostenibilidad hasta los límites de la catástrofe. Somos mortales, débiles y pecadores, pero capaces de dar vida. Somos todos nosotros, los seres humanos y también nosotros. Nosotros sabemos que somos capaces de dar vida porque estamos. Tenemos en nuestro interior al Espíritu de Dios, dador de vida, que nos hace hombres y mujeres capaces de dar vida a los demás, de soplar y también con nuestro aliento, alentar la vida de los demás. Esa es nuestra tarea y esa es nuestra responsabilidad. Ser espirituales significa ser hombres y de ser hombres y mujeres capaces de dar vida a los demás y dar vida a los demás, para que? Para que otra normalidad sea posible. Si no cambiamos nuestro modelo de vida, volveremos a tener problemas.

Primero, no resolveremos los mismos problemas que hay en nuestro mundo y volveremos a tener problemas porque es nuestro modo de vida, de eso que llamamos normalidad que llaman los países ricos y los beneficiarios del sistema, de donde nacen estas rupturas que nos colocan con incertidumbre hacia el futuro. Yo ya sé que estos signos son débiles y que tampoco sabes cuánto van a durar. No lo sé. Yo no. Ni yo, ni nadie. Simplemente los signos me sirven para para alimentar mi esperanza. Y os invito a que veáis en los signos señales que ayudan a alimentar vuestra esperanza. Ya sé que eso es así, pero a veces, para mover esa piedra de la incertidumbre que me permita vivir con esperanza y trabajar con esperanza, me suelo acordar de aquellas mujeres que iban al día siguiente de la crucifixión de Jesús a la tumba, iban preguntándose quién nos moverá la piedra.

No sé si tenían mucha fe o poca fe, pero ellas siguieron, ¿Y quién nos moverá la piedra? Cuando llegaron allí, la piedra estaba movida. Y fueron donde los discípulos, Jesús no está ya ha a Magdalena y ha dicho que ha resucitado, y los discípulos, que los varones que estaban todos asustados en casa, pues no, no le creyeron a María Magdalena, no, no le creyeron. Bueno, algo de esto nos pasa también a nosotros. Muchas veces preferimos meternos en nuestros cobijas y en nuestros encierros personales y olvidarnos de que esa iglesia en salida de la que habla el Papa nos obliga a todos y a todas. Con la edad que tengamos, todos somos seres. Seguimos siendo seguidores, seguidoras del Señor. Tenemos que salir de nuestros cobijos, de nuestros lugares de protección. Para qué? Para intentar? Pues para intentar ser fieles al Mesías, al Señor, al Espíritu que nos habita y al proyecto Salvador del Señor que tiene, que, como digo, está presente en la historia para cambiar este mundo, para que este mundo sea aún más humano, para que este mundo sea más digno de los hombres y las mujeres, que somos hijos e hijas de Dios y hermanos entre nosotros.

COLOQUIO.

Fernando: Madre mía! Tela marinera, muy bien. En fin, ha sido una charla, una conferencia tremendamente interesante. Has empezado hablando de la esperanza y has terminado poniendo sobre la mesa propuestas que hablan de esperanza, la sobriedad, ser espirituales para qué, para salvar vidas. Creo que hace falta, como dices, yo estaba pensando mientras estabas terminando, que hace falta hacer un análisis muy, muy serio, como has hecho de la normalidad. Desde luego, esa normalidad que llamamos normalidad no tenemos que volver. Eso es lo que nos falta. Este es el gran reto. Bueno, yo creo que tenemos ahora un tiempo para las preguntas y para las reflexiones que queráis.

PREGUNTA PRIMERA: Javier, muchas gracias. Me ha parecido muy sugerente todo lo que has dicho y quiero quedarme con lo que comentabas al final de la propuesta de la sobriedad compartida, de la sobriedad. Has hablado bastante del compartir. Bueno, pues quizá ahora al final sí que has hablado un poco de que nos encerramos, de lo que nos cuesta compartir y de una forma implícita, incluso cuando hablabas de en el grupo de mujeres no, aquello ya se ve que no era una sola, que eran varias y demás. Pero me ha venido a la cabeza algo que, yo estoy en Traperos de Emaús trabajando y desde allá por el principio, cuando empecé, oía aquello de que aquello, aquello era un ámbito de seguridad colectiva y quería relacionarlo, pues la importancia de lo colectivo me parece que que es complicado hacer propuestas de sobriedad desde lo individual y que estamos en un entorno tanto eclesial como social que nos invita al aislamiento. Encima, uno de los aspectos de la pandemia también ha sido, por lo menos mientras no ha llegado la vacuna y luego con las sucesivas olas, el aislamiento. Bueno, pues eso por ahí no? Y otra dimensión que quería comentarte. Casualmente venía escuchando una mesa redonda cuando venía para aquí, para la charla, sobre el cambio climático y más o menos el título era la angustia climática, pasar de la angustia climática a la acción. Y esto era un grupo de gente católica que decía que está viendo verdadera angustia en poblaciones jóvenes y en el Tercer Mundo con el tema del cambio climático, de la crisis climática, porque concretamente decían que ven, que les afecta, que tienen que incluso emigrar de donde viven y que se sienten incomprendidos. Dicen Bueno, y por qué nosotros somos los que tenemos que andar pagando todo esto? Y se hablaba de propuesta, de escuchar que en el momento concretamente también decían la gente joven, gente joven en distintos países, hablaban de Estados Unidos, de Inglaterra, de Europa, que están como muy deprimidos, porque esto de la crisis climática me imagino que lo de la pandemia también les machaca mucho en sus expectativas de futuro. Y decían y es que como la idea de las escuchas decían que que el solo hecho de escuchar y de que uno se sienta atendido y ya ayuda a empatizar y a hacernos compañeros de camino de alguna manera. No sé. Dos cosas que me han sugerido

RESPUESTA.:

No, te contesto a ver, evidentemente, pero sería para otra charla. A ver, las propuestas cristianas siempre son propuestas comunitarias. Me parece que la cuestión es comunitaria o eclesial, en la que, más allá de los conflictos que podamos tener con el aparato, es otra cuestión diferente. Pues no acabamos de introducirla porque creemos que no nos juntamos, porque somos católicos de la misma manera que se juntan los que coleccionan de sellos, pero no es así. Nosotros a la fe somos convocados a formar parte de una comunidad que es la transmisora de la fe y la portadora de la esperanza. A mí me parece, y por lo tanto, evidentemente, lógicamente luego hay individuos, personas que personalmente toman decisiones más allá. Pero esta llamada que yo hago esto, yo se lo hago, se lo hago al catolicismo sociológico al que pertenezco. Si yo de estas cosas hablo en mi parroquia. Y mi parroquia es una parroquia normal de Bilbao. Las parroquias a donde atiendo son parroquiás de gente normal, donde la gente como yo, que es del pueblo es espeso, es municipal. Ni son los de la Hoac ni son los de cristianismo y Justicia? No, no, no hablo de esto porque no les voy a contar el cuento de la buena pipa. Qué les voy a decir? Ya se lo dije el otro día del Cristo de la esperanza para la otra vida. Si vivimos hasta los 94 años con la calidad de vida que tenéis y además en Bilbao y encima hay resurrección, coño, es un chollo, tío. Si no, es otra cosa. Yo ya sé, ya sé las razones históricas y teológicas por las cuales esto se acaba convirtiendo en una esperanza más allá de la vida que ahora no voy a explicar. Entonces eso es así. Con respecto a la angustia ecológica. A ver, vamos a ver. Nosotros tenemos un problema de solidaridad intergeneracional, por mucho que les hagamos macarrones con tomate a nuestros nietos. O le regalemos los últimos aparatos tecnológicos parecido. Cada año nos comemos planeta y medio. Es decir, si todo el mundo consumiera lo que nosotros consumimos, necesitaríamos medio planeta más. Alguien va a pagar esto? Los ricos somos los que más CO2 echamos a la atmósfera. Bueno, evidentemente. Qué ocurre? Pues que ocurre que los que más padecen estos son los son los países más pobres. Pero ocurre que también esto llega a la Ribera de Navarra y llega a las costas de Zarauz o de San Sebastián, de a los que nos toca a nosotros. Y cuando nos toca a nosotros. Ay, madre, mal. Pero es así. Pero es así. Si no tomamos,

si no tomamos decisiones personales y colectivas en ese sentido, no habrá salida. Si las tomamos igual tampoco. Que ya he dicho yo antes, que no garantiza nadie el éxito histórico. El Mesías no garantiza el éxito, pero nuestra responsabilidad es tomarlas. Y por eso a mí, una a las cosas que a mí me interesa mucho es movilizar a quienes somos, porque evidentemente, quienes no son cristianos me pueden oír, porque estoy en otros foros o en otros lugares. Pero yo hablo fundamentalmente para gente cristiana. Y qué le tengo que decir? Pues le tengo que decir, no es que a los militantes de la Hoac les digo una cosa y a mi gente les digo otra, no, les digo lo mismo. Trato de que me entiendan a veces mejor que como me entienden cuando compro, cuando me compran un libro. Bueno, a mí me parece que esto es así, esto es así, luego avanzaremos medio, pero si no, no hay salida. Es decir, si nosotros no. Bueno, desde el punto de vista ecológico, estas son todas las propuestas que hacen algunos movimientos de decrecimiento sobriedad. Es otra manera de decir decrecer para que otros vivan. Darle algo de nuestra vida para que otros vivan. Si no, yo tengo que decir no tengo esto, no estoy salida. Cambiando, ya no sé si tiene, pero sigue sin cambiar, no, no hay, no hay salida, no podemos lamentarnos muchos, pero seguirá creciendo la pobreza, el destrozo ecológico sea bueno. Ya vemos que dan de sí todas esas grandes asambleas de los grandes del mundo para hablar de que hay el año 40; para hablar de 40 40, todos calvos no hay. Pero bueno, yo no estaré en el año 40, así de claro. Pero esto y dice claro, pero es que es muy difícil transformarnos, pero por lo menos, reconozcan que lo que hacemos, que lo que hemos hecho, estamos mal.

PREGUNTA SEGUNDA.

Buenas noches, me ha gustado mucho cuando has hecho referencia a esa definición de la normalidad. Y claro, lo que me doy cuenta es que esa normalidad es la que ciertamente nos está impidiendo ver. Hay un aspecto que me parece que puede ser clave, que es el que siento que de alguna manera estamos los ciudadanos, los cristianos, como un poco adormecidos cuando realmente hemos hecho normal ejemplos que tú has puesto, el hecho de que estén muriendo gente en las pateras migrantes que están llegando y no pasa nada. O sea, no o sí, o cenando, o el hecho de que haya una tasa de paro juvenil impresionante y es normal, no pasa nada. O los desahucios que se están produciendo, las gentes que están sin casa o viviendo en la calle y no pasa nada. Hemos perdido o estamos perdiendo la sensibilidad. Yo quería preguntarte como Juan el Bautista: qué podemos hacer en nuestras parroquias los cristianos para recuperar la sensibilidad como vías, en definitiva, para poder movernos y abrir una nueva normalidad.

RESPUESTA:.

¿Qué podemos hacer? para mí hay una cuestión muy importante sobre la que he hablado mucho y he insistido mucho, a la que yo he hecho referencia. El Papa habla de la cultura de la indiferencia. El Papa habla desde hace dos años o tres o cuatro de cultura de la indiferencia, pero desde hace mucho tiempo. Por ejemplo, un teólogo que yo le tengo un especial cariño, que ya Juan Bautista Metz. El año 75 yo decía que el mal de la cultura actual era la apatía, la que lo mismo la apatía antes que ante el sufrimiento ajeno. Bueno, entonces yo creo que el gran problema que tenemos es que no empatizamos con el sufrimiento ajeno. Y cuando digo ajeno no es el de nuestra familia, de nuestros vecinos, el de nuestro partido, el de nuestro instituto religioso, sino el sufrimiento de los otros. Porque si empatizamos, el sufrimiento nos hace excéntricos. La empatía con el sufrimiento nos hace excéntricos. Nos saca de nosotros mismos siempre, siempre. Y eso tiene que ver también con la mirada, con el ver, con la mirada. Yo suelo citar a San Francisco de Asís porque lo cito ahí, en ese libro, porque cuando miro la realidad con la mirada del leproso, le cambió la vida, le cambió la vida. Si miráramos la realidad con los ojos de los que están en las listas de el paro y los que están en las listas del hambre, estas cosas, estas cosas que yo, por ejemplo, me enfado mucho en mi tierra. Las primeras páginas de la de los periódicos sale un día de estos, creo que eran las estrellas Michelin, todos los restaurantes que tenemos, dos estrellas Michelin donde solo comen ricos. Y luego en la página quinta aparece una lista de la gente que tiene que ir a los bancos de alimentos. ¿Por qué no miramos la realidad desde los bancos de alimentos y no desde las estrellas Michelin? Algo que le diría a los directores de los periódicos de este país a todos. El problema es que hay gente que pasa hambre, no es que hay ricos que pueden venir desde Estados Unidos y encarga una mesa hace 6 meses para comer aquí. No, no, pero oiga, pero es que nosotros vivimos de los servicios. Este es un país muy bueno, pero en nuestra normalidad la generan los problemas. Es así? Entonces, bueno, esas son nuestras contradicciones, lo que a mí me parece que no, que no se puede hacer, eso es dejar de actuar. O hacemos lo que podemos siempre de esto, pero no podemos quedarnos impassible el ademán. Esto es para mí es la cuestión. Para mí este es el tema clave. El dolor del otro siempre es sagrado. Y para un cristiano y una cristiana especialmente sagrada, por qué?

Porque en el que sufre siempre está Cristo crucificado. Es un sacramento, dice Mateo 25. Esto me parece a mí muy importante, porque, es decir, la existencia de todos estos problemas, al final me golpean la fe. O dicho de otra manera, con mi lenguaje, yo sé que tengo muchas dificultades para creer que Dios existe. Muchas. A pesar de ser teólogo, muchas. Pero tengo muchas más para creer que todos los seres humanos son mis hermanos. Muchas más, porque con las dificultades que tengo para creer que todos los seres humanos son mis hermanos, me afecta al bolsillo, lo otro sólo a la cabeza o al corazón. Y si no creo que todos mis hermanos, que todos los seres humanos son mis hermanos. ¿Cómo rezo el Padre Nuestro, por favor?. Si Dios no puede ser Padre más que si los seres humanos se comportan como hermanos, no si se declaran hermanos. La paternidad no es una declaración de intenciones, sino un ejercicio divino. Pues entonces resulta que todas estas cuestiones que nos parecen a veces son cuestiones sociales o esas cosas que en 53 años de cura, pues mí, tú sólo hablas de política. No, no, yo no hablo de política, yo hablo de Dios. Mi madre también me lo decía, tú no hablas de lo tuyo nunca. Si, ablo de lo mío, porque estas cuestiones me afectan a la fe, nos afectan a la fe. Es decir, sí, sobre el futuro solo hay incertidumbre, qué hacemos con la esperanza? ¿La esperanza no tiene nada que decir sobre el futuro, nada, nada?. Entonces, para qué, es un reconstituyente quinado San Blas! Es que esas son las cuestiones. Otra cosa es que probablemente debemos cambiar de chip, muchos modelos de cabeza que tenemos de fe y tal, pero es así. Yo por lo menos lo vivo así y así lo cuento.

PREGUNTA TERCERA:

Hola. Bueno, me ha gustado mucho la charla porque has dicho todo lo que cada día nos mueve supongo que casi a la mayoría de la gente que estamos aquí, que hemos bebido del post Concilio de la Teología de la Liberación, no, ver la realidad como lugar teológico, ver, juzgar o leerlo desde el Evangelio, actuar desde la conversión. Eso nos ha movido un poco y pienso que a la mayoría de aquí y entonces a oírlo todo así, tan bien planteado como lo has hecho. Un repaso general de de cómo es nuestro planteamiento de vida. Pues me ha gustado mucho, pero te quería preguntar por el aparato que has citado, el aparato. Porque claro, todo eso que aquí la gente conoce a una edad y lo que vivimos, esto en los años 60 70. Pues hemos resistido en este, en este modo de cristianismo. Pero durante los años de la década de los 80, 90, incluso la primera década del siglo XXI, pues el aparato global de la Iglesia ya iba por otro camino. Y en nuestras diócesis, por las últimas dos décadas y pico también, no? Entonces, ahora que el aparato se está moviendo porque unos llegan a la edad de jubilación, otros los van a trasladar en Bilbao y habéis tenido un relevo. No sé cómo ves un poco eso que decía monseñor Uriarte, que dijo, La nieve que ha llegado a la cima tiene que llegar al Valle. Entonces, un poco, qué podemos esperar de que desde el aparato de la Iglesia se plantee, se haga un planteamiento así aquí en nuestras diócesis, me refiero.

RESPUESTA:

Bueno, a ver, es complicado esto, pero a ver, diré algo. A ver, yo participo de tu visión y esta mañana le decía a Guillermo que gracias a la bombona de oxígeno de Francisco, algunos que ya tenemos 80 años, seguimos respirando porque esto era, a mi modo de ver, insufrible y había que recurrir a lo fundamental. Uno pertenece al manicomio del Espíritu Santo, que es la Iglesia. Porque cree en Jesucristo y cree que además de loco, de locos y locas, pues está el Espíritu. No hay otra cosa. Yo. Me tengo que purificar mucho a ver solamente la fe, porque esta Iglesia, a pesar de todo el aparato, es la que me ha dado fe, a quien la fe es la que hace posible que yo haya sido fiel a la Iglesia. Segundo, al aparato va a ser muy difícil, transformado en mi opinión, muy difícil de transformar porque durante 32 años se ha cambiado muchas cosas en la Iglesia en relación con el aparato y la correlación de fuerzas. Y Francisco no ha tenido tiempo ni va a tener tiempo. Y por tanto, yo he sido de los que no votaba nunca. En aquellos documentos del Concilio Vaticano Tercero no votaba nunca. Por qué? Porque cuando convocó Juan XXIII el Concilio Vaticano segundo, el Vaticano segundo, la jerarquía de la Iglesia era más plural que actualmente. Y además no se había hecho una estrategia determinada. Entonces, bueno, y tercero, y con esto termino al final. Es verdad eso. Serán nuestras dificultades. Pero yo no voy a utilizar, yo no voy, no tengo, no tengo que dar consejos a nadie, pero yo no voy a utilizar nunca al aparato para justificar mis mediocridades cristianas y de seguir en el seguimiento de Jesús. Si a mí los obispos nunca me han impedido ser fiel al Evangelio. Nunca, y me he confesado habitualmente de ser infiel al Evangelio. Pero la culpa no tenían los obispos, sino yo. Y tiene más que ver la comodidad de la sociedad de la que vivo, los privilegios sociales, económicos, etc., que tengo en esta sociedad con mi fidelidad al Evangelio que los obispos. Yo tengo que decirlo así, lo digo desde mí. Cada uno puede examinarse, pero ser fiel al Señor en eso de recrear el seguimiento de Jesús. Eso de aceptar la

invitación a ser pobres en el Espíritu. Ningún obispo me ha impedido esto a mí. No, no tengo problemas. Bueno, digo esto porque no quisiera equivocarme.

PREGUNTA CUARTA:

Muchas gracias, Javier, una parte de mi pregunta le acabas de contestar. Pero bueno, siguiendo en la misma línea con la argumentación de movilizar, si articular, organizar para que realmente podamos perpetuar una nueva realidad. Acabamos de ver que la Iglesia posiblemente no pueda hacer o no podemos esperar mucho de ella. Sin embargo, quería preguntarte Javier. Como cristianos, como cristianas, cómo podemos realmente articular? Porque entiendo que todo esto no solamente es la suma de voluntades individuales. Dónde buscamos, dónde podemos empezar a crear una nueva realidad de esta que nos habla de. Desde donde?

RESPUESTA:

A ver, yo creo que en primer lugar, desde donde estamos, donde estamos, cada uno sabe donde está. Que gente tiene cuando son como un hijo en el. Y empezamos por donde empezamos? Ya véis los del foro que estamos pidiendo ahora a gente joven y tal, pero empezar si ya hace 25 años. A ver. Quiero decir que. La Iglesia que va a ver en Pamplona, donde hoy sigue habiendo fe, como en Israel, el tiempo del destierro. Esa Iglesia ha tocado fondo. No va a ser así dentro de cinco, de veinte años, veinticinco. Es decir, ni la de aquí ni la de Bilbao hacia la Iglesia. En Europa ha tocado fondo y se va a convertir en una realidad mucho más pequeña, muchísimo más pequeña, mucho más irrelevante socialmente. Qué quiere decir, que hablarán los obispos si o no, no les haga caso a nadie. Es así que hacen algún caso a los Testigos de Jehová? Cuando hablan no les hacen caso, no porque tienen una palabra de vida, sino porque tienen poder. Bueno, entonces eso va a desaparecer. Y entonces el gran riesgo que tiene esa minoría que va a seguir siendo cristiana es la de convertirse en una secta, en mi opinión, qué quiere decir un grupo de gente que vive para sí mismo y defendiéndose a sí mismo en lugar de ser fermento. Todas estas cosas. Bueno, entonces yo creo que tenemos que los que quedemos, los que seamos, tenemos que articularnos entre nosotros, porque ya he dicho que en la vida, lo he dicho, la primera pregunta. La vida comunitaria me parece a mí muy importante. Y lo dice alguien que pertenece a una comunidad. Además de ser cura de una parroquia, pertenece a una comunidad de gente con la que se confronta ese contraste. Le pegan caña al cura. Bueno, entonces me parece muy pesado. Y segundo, luego tenemos que hacernos presente en las plataformas que existen en cada ciudad, en cada pueblo donde estamos, plataformas, a ver, civiles. No decir, quiero decir que la gente de mi comunidad, porque está presente en el tema de los inmigrantes, en bares, en los sindicatos, ahí está presente y hace lo que puede. Bueno, porque insisto. Lo importante, en mi modo de ver, es escuchar lo que pide el Señor y ser fiel a la escucha y por lo tanto, y luego tratar de ensayar y buscar los caminos. Luego nadie nos garantiza el éxito, sino lo que se nos garantiza es la fe. Que tiene sentido hacer eso? Tiene sentido ese comportamiento, esa táctica? Es como tuvo sentido el de Jesús de Nazaret. Solo lo sabemos porque creemos que ha resucitado. Porque si no se hubiera resucitado, podríamos decir, fue un tío bueno, estéticamente maravilloso, pero ya sabes, todo el que se mete a Redentor acaba crucificado. Y prou que dicen los catalanes. Y por otro, aquello tuvo sentido, porque esa muerte desde la resurrección es fecunda para la causa del reino. Pero estamos diciendo cosas que teológicamente pueden tener una densidad, ya que morir es fecundo para la causa del reino. Morir por la causa del Reino es fecundo para la causa del reino. Por favor. Dónde se ve eso, donde se verifica? Bueno, quiero decir que la fe no es obra de evidencias. Bueno, pero esa es la cuestión en mi opinión, y ahí es donde está. Eso tiene sentido, tiene sentido, tiene sentido. Los que tenemos aquí ya muchísimos años hemos ido para adelante y para atrás muchas veces. No tiene sentido y tiene sentido esa entrega. Vaticano segundo. Pero dónde estamos? Pues saliendo de la restauración, que fue la fórmula de recepción que impuso Ratzinger desde el Vaticano. Lo dice él además, no me estoy inventando nada. Yo solamente le he preguntado una vez que con quién decidió eso él solo. Pero que le agradecería que me informara o que nos informara. Bueno, esto ya es la atención, ella es la atención en la que se vive la espera, la esperanza no la vivimos todos. Insisto, es mucho más fácil hablar que luego vivir esto los teólogos no lo tengo más claro que nosotros tenemos más claro el discurso. Nos mandaron a estudiar, estudiamos con mayor o menor éxito y sabemos articular las palabras, pero la vida es otra cosa. La vida es otra cosa diferente a la vida, al final uno es inevitable que uno se pregunta a los sesenta años y 53 de cura, pero que ha merecido la pena esto, o que si un chico como tú en un sitio como este no son fábulas. Es verdad que uno puede decir otra cosa que de esas que yo no decido. Nosotros decimos Maranatha en serio? Ven, Señor Jesús, no, nosotros en serio decimos Virgencita, virgencita, que me quede como esté. Esto sí lo decimos en serio. Pero

claro, eso es bueno, son los desgarros. Bueno, yo ya para animarnos en ese sentido que decía los padres espirituales antiguos.